

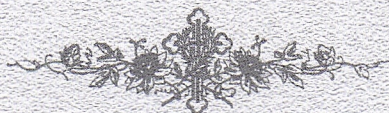
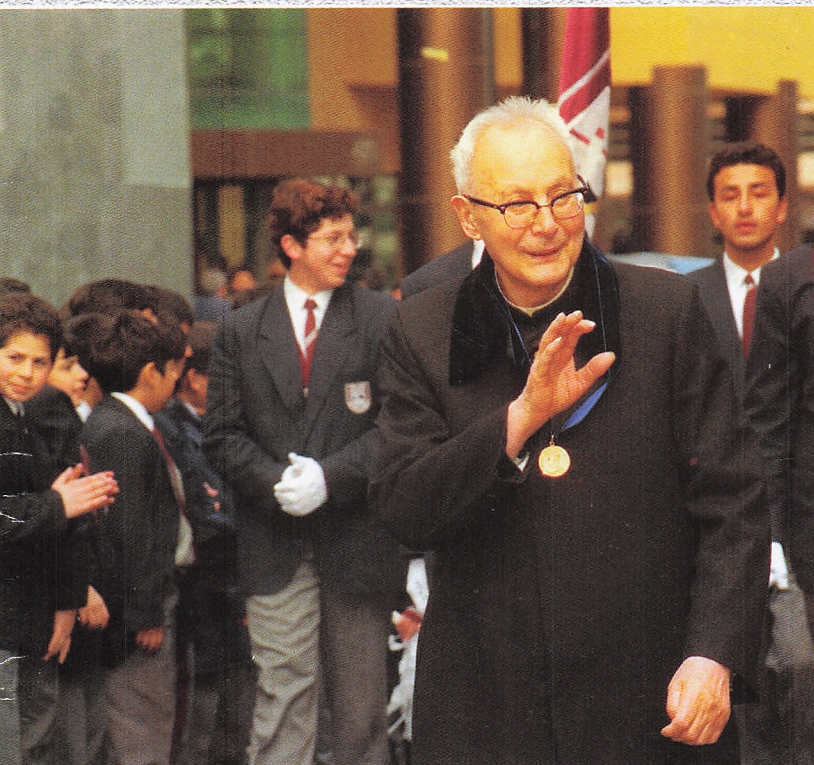
INSTITUTO DON BOSCO
MAIPÚ # 615
PUNTA ARENAS - CHILE

33B242
+1999

VICENTE LUCHELLI ROLANDI

Sac. Lucchelli, Vicente, 23-11-1911 Trebbiano Nizza, Italia

† *22-02-1999, Punta Arenas - Chile*



Punta Arenas, agosto de 1999.

Queridos Hermanos:

Quiero compartir con ustedes, algunos rasgos de nuestro querido P. Vicente Lucchelli Rolandi, fallecido la tarde del 22 de febrero de este año, en nuestra comunidad del Instituto Don Bosco de Punta Arenas.

«Con la muerte del Padre Vicente Lucchelli se cierra un capítulo importante de los grandes misioneros en Magallanes», dijo el Padre Inspector en la homilía del funeral celebrado el 24 de febrero y presidido por Monseñor González, Obispo de la Diócesis. Ese día el Santuario de María Auxiliadora de Punta Arenas, vestido de fiesta como en las grandes solemnidades, acogía al pueblo de Punta Arenas que con dolor venía a despedir al Padre Vicente, como «el amigo que se va».

Las casi centenarias campanas del Santuario también despedían al hijo de Don Bosco, misionero infatigable, al educador - pastor de tantas generaciones de jóvenes magallánicos, al Hijo Ilustre de la ciudad de Punta Arenas. Era una mañana de un característico otoño magallánico: sol, lluvia y viento.

«Bienaventurado el Padre Vicente, que pasó haciendo el bien por esta tierra magallánica... que atendió con mano misericordiosa y tierna de Padre... que se preocupó de hacer memoria del pasado para que fuera profecía del futuro... bienaventurado porque no buscó aplausos y convirtió su silencio en una continua oración... «porque confió hasta el fin en María Auxiliadora»



1. Datos Personales

El Padre Vicente nació en Trebbiano Nizza - Provincia de Pavia, Lombardia, Italia, el 23 de Noviembre de 1911. Sus padres : José y Carolina lo educaron en una vida de esfuerzo y sabiduría propia del campesino; características que brillaron en la personalidad de nuestro hermano hasta su muerte.



A los tres días de su nacimiento fue bautizado en la Iglesia Parroquial «Santísimo Salvador». Éste sería su primer encuentro con el Señor Jesús, con quien fue intensificando tal relación de amistad que le llevó a optar por vivir completamente entregado a su voluntad.

Siendo niño, conoció el estilo de vida de los Salesianos, conocimiento que fue profundizado en el aspirantado misionero de Penango. Atraído por el carisma de Don Bosco, decidió ser salesiano con la intención de dejar su tierra natal para servir a los jóvenes de otras naciones. Fue así como, ya en 1933 siendo un joven de 22 años, le encontramos en la hermosa ciudad de Punta Arenas.

Los superiores lo destinaron al Instituto Don Bosco, para que hiciese allí su año de noviciado, profesando el 25 de Diciembre de 1934 en el Santuario María Auxiliadora. Una vez profeso, y siempre en esta misma casa, continuó con los estudios y formación propias del posnoviciado (1934 y 1935); y del tirocinio (1936 - 1938), etapa en la que desempeñó como profesor primario, profesor de latín y asistente de los novicios de la entonces Inspectoría San Miguel.

Para continuar con su proceso formativo, fue enviado a La Cisterna, Santiago, donde realizó sus estudios teológicos. Después de todo el trabajo intelectual propio de esta etapa formativa, con mucha emoción y humildad, el 29 de noviembre de 1942, en la iglesia de la Gratitude Nacional, fue ordenado sacerdote por Monseñor Alfredo Cifuentes Gómez, Arzobispo de la Serena.

Joven sacerdote, regresó a Punta Arenas para trabajar como profesor en el Liceo San José. Al año siguiente los superiores lo enviaron nuevamente a Santiago para servir en la casa de Formación de Macul, trabajo en el que permaneció poco tiempo puesto que, un año después (1945), lo encontramos nuevamente en la ciudad de Punta Arenas trabajando como profesor y Delegado de Pastoral Juvenil del Instituto Don Bosco. Poco tiempo después se le pidió que asumiera la tarea de Ecónomo de la misma casa salesiana.

Entre los años 1948 y 1950 fue enviado al Liceo San José como Ecónomo y profesor.

En el año 1951 fue nombrado Director del Instituto Don Bosco, tarea en la que se desempeñó con gran competencia. Hay que hacer notar que al mismo tiempo cumplía la misión de Director del Museo Regional Salesiano y Vicedecano de la Parroquia María Auxiliadora. Desde entonces, y hasta el día de su muerte, trabajó en nuestro Instituto Don Bosco, desempeñándose en diversos cargos y responsabilidades propias de nuestra vida salesiana.

2. Testamento Espiritual

Es tan difícil resumir 87 de años de vida de una persona, que parece tarea imposible y con el riesgo de dejar fuera elementos que no podrían faltar cuando hablamos con cariño de un hermano. Sin embargo, y con la colaboración de algunos hermanos que compartieron más tiempo que yo con el





P. Vicente, me atrevo a esbozar lo que quiero denominar su «testamento espiritual».

La verdad es que el P. Vicente no dejó ningún escrito espiritual, ni nada que se le parezca. Sin embargo, me atrevo a afirmar que su propia vida (como en la de cualquier salesiano), y muy especialmente en estos últimos años, en los que, por la misma condición de anciano, se hace una síntesis, nos sirven para trazar su testamento espiritual, riquísima herencia a ser asumida por los salesianos del nuevo milenio.



2.1. Unión con Dios

Con lluvia, sol o nieve, siempre muy temprano, se levantaba el P. Vicente para rezar el oficio de lectura, evidentemente que en latín. Con orgullo comentaba que el mismo Rector Mayor le había regalado los cuatro volúmenes de la Liturgia de las Horas en latín. Una vez que se reunía la comunidad, él se unía para el rezo de laudes y la concelebración eucarística. No le gustaba rezar misa solo, e incluso llegaba a cambiar su



horario para poder concelebrar con otro sacerdote. Por lo que podía observar, no era un hombre de largas oraciones, sino que me atrevería a decir que era una oración que iniciaba con la Liturgia, pero que se prolongaba a lo largo de todo el día.

Ya al caer de la tarde, regresaba de su trabajo diario, y se unía nuevamente a su Señor en la intimidad de la oración personal frente al Santísimo. Junto a la comunidad rezaba las vísperas, y antes de dormir, a nivel personal, rezaba la oración de la noche.

En la oración litúrgica aparecía muy normal, enmarcado, tal vez, dentro de un horario diario. Al acercarse para hablar con él o al escuchar sus consejos al tenerle como confesor, cualquiera podía descubrir la profundidad de su vida espiritual, la sabiduría de sus palabras y la profunda libertad interior que le caracterizaba. Cuando alguien se le acercaba desanimado por algún problema, solía decir «no se preocupe, más se perdió en el diluvio, ¡usted siga adelante!»

2.2. Siempre alegre

Después de la celebración de la eucaristía, junto a la comunidad participaba con alegría en el desayuno. Con sus pasos inconfundibles, llegaba al comedor y mirando al cielo exclamaba: «feria cuarta, nublado». Era el momento en el que comenzaba a ser blanco de muchas bromas y tomaduras de pelo. Él soportaba todo con un gran sentido del humor (muy fino) y mucha paciencia. Gozaba con los chistes, con los sobrenombres de los salesianos (aunque al escucharlos solía decir «no diga eso»), con los «ataques», de los que sabía salir adelante con astucia y respuestas que, a menudo, nos dejaban boquiabiertos. Era de risa amplia y transparente, de mirada pícaro y de notables ocurrencias.

Los más jóvenes le habían enseñado a manifestar con gestos que «no estoy ni ahí»... expresión que el P. Vicente

utilizaba, sin prejuicio ni mala intención, en medio de las bromas diarias o los «ataques» por alguna acción suya. Desayunar, almorzar, cenar con el padre Vicente, era siempre motivo de alegría. Era realmente el centro de la alegría de nuestra comunidad.



Con todo, no hay que pensar que todo le cayese bien. Había bromas que le resultaban de mal gusto, o salesianos que no le simpatizaban del todo. Sin embargo, con una paciencia y caridad heroica, sabía disimularlo muy bien, sabía transformarlo en chiste y risas, esto aunque el trago fuese amargo.

2.3. Trabajo y Templanza

Después del desayuno, y del almuerzo, llegaba la hora del trabajo. Bajaba hacia su querido Museo, donde pasaba largas horas atendiendo a los turistas, trasladando objetos, clasificando, leyendo... No tenía momento alguno en el que estuviese sin trabajar. El mismo día en el que falleció, y aunque se sentía algo enfermo, pasó toda la mañana trabajando.

Por muchos años sufrió de dolorosas várices, las que, en pocas ocasiones, le obligaban a cojear. Sin embargo, no era



motivo para dejar de trabajar o lamentarse de su enfermedad. Si la salud no le acompañaba, simplemente se quedaba en cama o se hacía internar en el hospital, pero nunca le oímos quejarse o inspirar lástima, aun el dolor sabía enfrentarlo con naturalidad y humor.

En el hospital prefería estar en sala común. De este modo era más económico, no estaba solo, y se aseguraba de ser visitado más a menudo por los médicos. Comía bastante, incluso contra la dieta, pero jamás se quejaba de la comida. Era imposible saber si había algún plato que no le gustase. Sus palabras eran siempre de felicitación para la cocinera.

Vestía muy mal, su sotana era una colección de parches, aunque en su pieza tenía algunas completamente nuevas. Era su estilo de vivir pobre: trabajar incansablemente, soportar la enfermedad con alegría y paciencia, vestir pobremente.


2.4. Siempre al día

Después de almuerzo, una de las primeras cosas que hacía era leer el diario para informarse de los acontecimientos. Después de la cena gustaba ver las noticias. Acostumbraba leer las homilías del Santo Padre en el Osservatore Romano. Leía artículos diversos (por último para refutarlos con argumentos). Gozaba leyendo los Padres de la Iglesia y poseía profundos conocimientos históricos. En verdad, detrás de su figura encorvada, de su sencillez a prueba de balas y de su sotana raída, se escondía un hombre profundamente culto y sabio.

Hay que hacer notar que no todo lo que leía era serio o de índole científico. Entre sus textos preferidos estaba «el Condorito», lectura que no se perdería por nada.



2.5. Amor a la Iglesia, a la Congregación y a la Familia Salesiana.



Su estar siempre al día era una característica que le acompañaba también en relación con la vida de la Congregación. Le gustaba estar informado de lo que sucedía a nivel mundial como también a nivel inspeccional y sabía tomar una postura frente a los diversos acontecimientos, pero creo que su amor a la congregación lo expresó especialmente en su celo por cuidar lo que los primeros salesianos nos dejaron como herencia. El Padre Vicente fue el eslabón entre la generación de los primeros misioneros y nosotros. «No cambie nada»... «no toque nada»... estas expresiones y sus enojos cuando se trataba de sacar algo del Museo eran expresiones de un cariño muy grande por lo que otros salesianos entregaron su vida, y un afán de conservarlos como preciada herencia para los salesianos del futuro. Sería un error muy grande afirmar que el P. Vicente fue un hombre anclado en el pasado, incapaz de cambiar o de abrirse a los tiempos nuevos. Simplemente se trataba de la desconfianza de quien, por malas experiencias, temía que no se valorase el trabajo de nuestros «patriarcas» y se perdiese todo un patrimonio cultural.

Gozaba cuando, a causa del Museo, se hablaba bien de la Congregación, como de igual modo la defendía con fuerza ante cualquier ataque.

Otra expresión de amor hacia nuestra Comunidad la tenemos en el celo con que conservó y escribió (en gran medida) la crónica de la comunidad. Era incansable en el esfuerzo por obtener datos que escribir diariamente. Aún conservamos su agenda, con un diminuto lápiz, que le servía de borrador y en que anotaba hasta el más mínimo detalle: horas de sol, viento, temperatura, acontecimientos varios. Solía decir «hay que

anotarlo todo, sino después van a decir que no hacíamos nada». Como gozaba de una excelente memoria, el mismo Padre Vicente era una crónica viviente. Cuando se le preguntaba por alguien, generalmente comenzaba diciendo «...no, ya no recuerdo nada... es inútil, ya no recuerdo...» para proseguir relatando incluso detalles de lo que se le preguntaba. Con su partida hemos perdido la memoria, no sólo de lo que fue el trabajo de los primeros salesianos, sino también de buena parte de la vida de esta región.

Este cariño y celo habría que afirmarlo también en relación a la Iglesia y sus pastores (especialmente el Papa y los obispos) y la Familia Salesiana. Era habitual oírle hablar con cariño y veneración de Mons. Boric, de Mons. Tomás González... de las Hijas de María Auxiliadora: «las hermanas todo lo hacen bien».

2.6. Buen Pastor

El P. Vicente, aunque no trabajaba en el colegio, siempre se mantuvo ligado a él. Era habitual verle pasar buscando datos para la crónica o muchachos para que le ayudasen en el Museo a realizar sus «trabajos secretos». En una ocasión hasta un profesor tuvo que ayudarle a mover algún mueble. Gozaba con la banda, con las actividades pastorales, especialmente los movimientos apostólicos a quienes dejaba entrar gratuitamente al Museo. Le gustaba participar en las celebraciones eucarísticas del colegio, especialmente la de Miércoles Santo, en la que era tradicional que nos dijese algunas palabras cargadas de sabiduría...





era impresionante ver como se producía un silencio absoluto para escuchar las palabras del P. Vicente, para responderle con el más fuerte de los aplausos... Este año, en esta misma oportunidad, el silencio se tradujo en lágrimas por el amigo ido y en más fuerte de los aplausos que los alumnos del Instituto Don Bosco le tributó a un salesiano.

Jamás faltaba en las liturgias penitenciales de los alumnos, como jamás faltó en el confesionario durante la celebración de la eucaristía en el Santuario María Auxiliadora... A veces el sueño le vencía y el breviario caía por el suelo, lo que él festejaba con alegría...

Toda la actividad del día tenía una sola característica: para servir a los demás.

2.7. Sencillo como paloma...

Quienes pudieron apreciar sus cualidades, su amplia cultura y sabiduría, su amplia experiencia y larga trayectoria, no podía dejar de asombrarse ante la sencillez y humildad del P. Vicente. Llamaba la atención su caminar tranquilo, su hablar en voz baja, su mirada puesta en el suelo, el que nunca hablara de sí mismo... El secreto de su sencillez estaba en que, por una parte, tenía una clara conciencia de que toda grandeza viene de Dios; y por otra, en que jamás se buscó a sí mismo, sino en servir a los demás por un gran amor al Señor y a Don Bosco. Trabajó, se entregó sin buscar recompensa alguna. Cuando fue nombrado «Hijo Ilustre de la Región» lo asumió con la sencillez que le caracterizaba y afirmó: «lástima, yo pensé que significaría un donativo para el Museo»... Y aquel día, cuando salió del edificio en el que recibió el merecido galardón, con una flamante sotana nueva, la medalla en el pecho, caminando por en medio de la calle, acompañado de la banda y de todos los alumnos del colegio, se le comentó que iba erguido, caminando muy derecho, el Padre respondió: «es que la sotana me queda estrecha...»

Por último, podemos afirmar que el Padre Vicente fue un hombre que hizo el bien, pero sin proclamarlo, sin hacerse notar, lo que quedó al descubierto plenamente cuando en su funeral, se repleó el Santuario con hermanos de distinta edad y condición social que le querían manifestar su cariño y gratitud.

2.8. Los pies muy puestos en la tierra

El Padre Vicente se caracterizó por ser un hombre muy normal, muy humano, enemigo de rarezas y espiritualismo. No le vimos nunca hacer penitencias extrañas, sino simplemente asumir los desafíos y sufrimientos de la vida diaria. No le vimos despreciar las experiencias de la vida diaria como si fuese pecaminoso o «demasiado humano». Desconfiado, píllo, y tenaz en sus propósitos se valía de todos los medios a su disposición para alcanzar sus objetivos y metas.

Su trabajo y entrega no pasó inadvertido para nadie en esta ciudad, y esto porque no fue un hombre encerrado en el Santuario, viviendo en un «paraíso personal», intimista, alejado de la realidad cotidiana. La noticia de su partida fue anunciada prontamente por los M.C.S., e incluso, el canal de TV de la Región le tributó, por varios días, un emotivo homenaje. No podían olvidar a un hombre que se sintió muy ligado e identificado con esta región, que amó su gente y su vida.

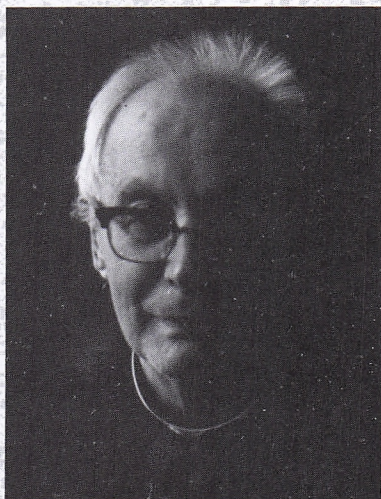
El P. Vicente fue también un salesiano muy consciente de las exigencias de la vida, del costo de las cosas, de los fracasos y sufrimientos, lo que no lograban disminuir en él, el optimismo y el buen humor. En verdad fue un hombre muy hombre.



2.9. Amor a María Auxiliadora y a Don Bosco

Como buen hijo de Don Bosco, es indiscutible esta dimensión de su vida espiritual. Su servicio continuo en el Santuario, del que fue por largos años un verdadero guardián, su sencilla devoción mariana, su presencia en las fiestas marianas y en el «rosario de la aurora» son expresiones de este cariño tierno y filial.

Tampoco pasó inadvertido por nosotros el profundo cariño que el P. Vicente profesó por Don Bosco. Le conocía y hablaba de él con familiaridad. Procuraba estar al día de lo que los estudios históricos iban descubriendo del santo de los jóvenes... y por sobre todo, se esforzó por hacer vida su proyecto vocacional.



3. Conclusión

Haber convivido con el P. Vicente ha sido una bendición del Señor y un privilegio. Asumir su testamento espiritual es un desafío y camino seguro de crecimiento en la santidad. Vivir con su recuerdo es alegría, es cariño, es sentirse acompañado en el servicio juvenil que, en este confín del mundo, tratamos de hacer obra diariamente.

Queremos, por último, agradecer a Dios el haber conocido y compartido la vida y la misión Salesiana con este hermano Salesiano que nos testificó que el amor de Dios es suficiente para llenar el corazón de un hombre.

Oremos por él; que su vida sea semilla de vocaciones sacerdotales y religiosas para esta Diócesis y para nuestra Inspectoría, a las que tanto amaba.





«Padre Vicente,

«Al Paraíso te lleven los ángeles, a tu llegada te reciban los santos y te introduzcan en la gran casa del Padre Dios, que viva para siempre feliz con Jesucristo que se entregó por ti con María Auxiliadora que te amó como un hijo y con todos tus hermanos salesianos y parientes que te han precedido en la marcha hacia la patria definitiva.

«Concédele, Señor, el descanso eterno».

P. Mario Scomparin Ch.

Director y Comunidad

Punta Arenas, 24 de julio de 1999

